

Los mármoles del Partenón

PEDRO NAVASCUÉS

*Catedrático de Historia del Arte.
Escuela de Arquitectura, Madrid*

El despojo de los mármoles del Partenón es una de las páginas más tristes de la historia del expolio del patrimonio cultural de todos los tiempos

AUNQUE SE TRATA DE UN episodio bien conocido por todos, no estará de más dar entrada en estas peripecias a las vicisitudes del doloroso despojo de los mármoles del Partenón, una de las páginas más tristes de la historia del expolio del patrimonio cultural de todos los tiempos.

El sueño de la devolución de las esculturas de Fidias que un día vistieron el Partenón, los llamados "Elgin Marbles", hoy en el Museo Británico de Londres, fue el último empeño no satisfecho de la que fuera Ministra griega de Cultura, Melina Mercuri, fallecida en 1994. Desde entonces este asunto no ha cedido en interés ni actualidad, en Grecia e Inglaterra, en particular, de lo que son buenos testimonios los libros aparecidos en 1998, como los de William Saint Clair, Christopher Hitchens y otros autores, que plantean el difícil problema de su devolución a Grecia.

Ante esta cuestión ya se manifestó tajante y negativamente el nuevo ministro laborista de Cultura, Chris Smith, si bien la formación de comités para la devolución de los mármoles, la Fundación Melina Mercuri, las campañas de prensa, televisión y vía Internet, así como la insistente reivindicación del gobierno griego, vinculada al reto del Nuevo Museo de la Acrópolis, hace de esta triste historia una cuestión abierta y revisable en una Europa que se dice unida y solidaria.

El despojo de los relieves del Partenón resulta paradigmático porque representó un daño en cadena, pues no



sólo sufrieron las esculturas de Fidias al arrancarlas de su lugar, sino que el propio templo de Atenea, la Acrópolis y la historia toda del arte y de la cultura de la Grecia clásica, quedaron en una situación de invalidez permanente.

Todo empezó en 1799 con el nombramiento de Thomas Bruce (1766-1841), séptimo conde de Elgin, como embajador británico en Constantinopla. Aquel cometido diplomático permitiría a Elgin acercarse a tierras que entonces formaban parte del Imperio turco, como era Grecia. Allí, en su capital Atenas, obtuvo el firman o autorización del sultán para, primero, hacer unos dibujos y vaciados de los relieves del Partenón (1801) y, posteriormente, para arrancar gran parte de las metopas, friso de las Panateneas y esculturas de los frontones. Para ello se valió Elgin de un competente equipo de artistas y artesanos, a cuyo frente se encontraba el paisajista italiano Lusier.

No cabe siquiera resumir aquí la

que hoy llamaríamos corrupción, soborno y compraventa de favores para la obtención de estos permisos, en los que también estuvieron involucrados Phillip Hunt, capellán de la embajada británica, y el secretario William Richard Hamilton, luego Subsecretario de Estado de Asuntos Exteriores. El hecho es que durante cerca de un año trabajaron en esta operación entre 300 y 400 hombres que, desde sus andamios, apalancaron las metopas, arrancaron el friso de las Panateneas y desmontaron los frontones, los bajaron de la Acrópolis para arrastrarlos en pesados carromatos hasta el puerto, para

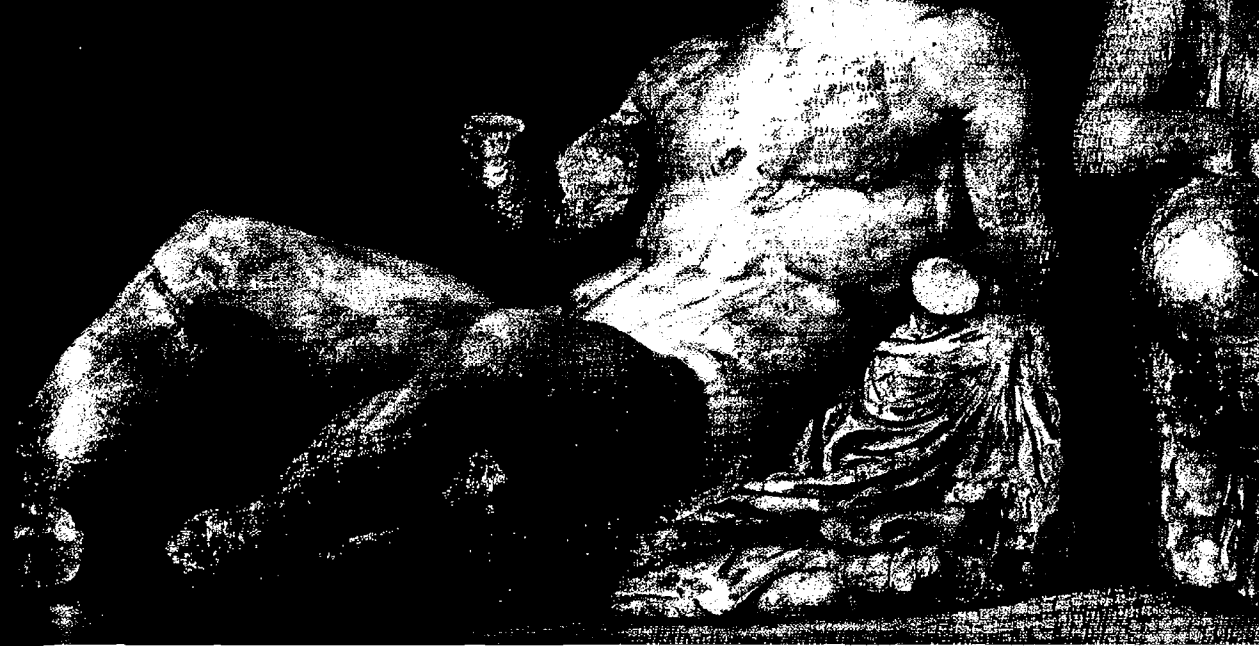
su posterior embarque hacia Inglaterra en abultadas cajas de madera. Esto ocurría en 1803, cuando Elgin fue llamado de nuevo a Londres.

Con ese motivo, en el viaje de regreso, se detuvo en Atenas para inspeccionar su mercancía embalada en doscientas cajas que venían a contener, gran parte de las esculturas del frontón oriental, quince metopas, cincuenta y seis fragmentos de las Panateneas, así como una de las cariátides del Erecteion, cuatro fragmen-

tos del friso del antepecho del templo de Atenea Niké y otros muchos elementos arquitectónicos e inscripciones, todos de la Acrópolis.

Resulta estremecedor pensar en lo que, seguro, muchos atenienses debieron de sentir al ver aquel expolio de su máspreciado pasado, camino del Pireo, por el que Grecia se desangraba en vísperas de su independencia.

La propia Historia que fue injusta con Grecia, pues de haberse producido unos años más tarde no habría sido posible semejante fechoría, quiso modificar el curso feliz de este acontecimiento y, a partir de aquí, todo fueron amarguras para todos, muy especialmente para Elgin, pues de regreso a Inglaterra y después de una estancia en Roma donde pudo enseñar al escultor Canova los dibujos de los mármoles raptados, fue hecho prisionero por los franceses durante dos años, entre 1805 y 1807. No se ol-



vuestros mármoles no son tan valiosos como parecen; ni siquiera son griegos, sino romanos, del tiempo de Adriano". En este punto puede decirse que las esculturas del Partenón estaban a la baja, pese a que la Academia Real las estimaba como efectivas obras de Fidias. Elgin, a quien todo este negocio le había costado una fortuna y necesitaba resarcirse, terminó poniendo en venta el conjunto de los mármoles. Ante las reticencias del

vide que estamos en la Europa de Napoleón.

¿Qué había sucedido entretanto con los mármoles del Partenón? Se habían quedado bajo la custodia de su secretario W.R. Hamilton y de Lusieri en Atenas, esperando una ocasión propicia para embarcar.

Finalmente partieron con destino a Inglaterra en varios barcos, uno de ellos, el bergantín, acabó naufragando y hundiéndose con su preciada carga cerca de la isla Cerigo, como si los mármoles se resistiesen a dejar su mediterráneo paisaje. Sólo se pudieron rescatar cuatro cajas, siendo inútil el intento de reflotar el barco, permaneciendo bajo el agua algunos grupos y relieves durante dos años, el mismo tiempo que duró la prisión de Elgin, hasta que se consiguieron recuperar definitivamente.

El resto fue llegando a distintos puertos ingleses y, en 1807, se reunieron en Londres, donde Elgin los instaló en unas piezas accesorias de su casa en Park Lane, formando lo que se llamó el Elgin's Museum. Allí los pudieron ver amigos, estudiosos y artistas como Cockerell y Haydon, que dibujaron el conjunto y detalle de aquellas asustadas esculturas que hasta entonces las había bañado el sol. Más tarde, cuando llegó el resto del cargamento, en 1812, se colocarían todas las obras en el jardín delantero de la Burlington House.

Durante estos cinco años de privada exposición, no cesaron de aumentar las penas de Lord Elgin, pues inmediatamente se desató una doble polémica,

Tres esculturas pertenecientes al **Partenón** llevadas por Thomas Bruce, conde de Elgin, a Londres y que en la actualidad pueden contemplarse en el **Museo Británico**



ya que por una parte fue discutido el interés y belleza de los mármoles, y por otro comenzaron a llover las censuras por lo vandálico de la acción. Fue el influyente Payne Knight y el grupo de los "Dilettanti", quienes objetaron la calidad de las esculturas, poniendo en duda públicamente no sólo el valor estético de estas obras sino el justiprecio de las mismas. "Toda vuestra tarea ha sido en vano, lord Elgin -le dijo Payne-

Museo Británico para su adquisición llegaron a Londres, en 1814, Luis de Baviera y Visconti, director del Museo Napoleón de París, interesándose ambos por aquel tesoro que se movía entre el aprecio y el desprecio, ahora ofrecido al mejor postor.

Resultó providencial la llegada a Londres del gran escultor del Neoclasicismo, Antonio Canova, quien vino a sentenciar la autenticidad y excepcional interés de aquellas obras, a cuya opinión se sumó Flaxman, como antes lo habían sostenido Füssli y el propio Haydon, entre otros. Hay que decir que Canova salvó dos veces los mármoles del Partenón, pues con anterioridad ya había desaconsejado la prevista restauración de las esculturas, lo que sin duda hubiera terminado con ellas.

Convencidos los políticos, aunque no sin reticencias, la Cámara de los Comunes se pronunció, en 1816, a favor de su adquisición para el Museo Británico, si bien aún conocería Elgin un último disgusto: su precio. Se estimaba, como recogen distintos autores, que toda la operación había supuesto entre gastos e intereses 74.000 libras. Pues bien, los Comunes sólo aprobaron el pago a lord Elgin de 35.000 libras, el precio de una traición.

Mientras hoy se discute históricamente la acción de Elgin, su espíritu pervive y su ejemplo cunde, pues otros partenones, como los templos del Sudeste asiático, están siendo igualmente despojados de sus dioses, de un modo criminal, en un elginismo que no cesa.